

GAITAN DURAN O LA ESTETICA DE LA EVASION

Escribe: JOSE RAUL ARANGO

Totales en el recuerdo y la emoción, un hombre, una tragedia y un magisterio de consumaciones, reavivan, pesándolo y controvertiéndolo, un testimonio intelectual resuelto en el ademán del misterio. Volver a medir su estatura y su sombra, ahondar (y ampliar) su dimensión e intensidad, es el motivo de estas consideraciones. Se trata, entonces, de hacer concurrir a la notación crítica el hombre y el artista, sin exagerar ni excluir las condiciones que le son propias a ambas actitudes.

Yo conocí a Gaitán Durán, una mañana de abril de 1962, en su oficina de la Editorial Antares, días antes de marcharse a Europa. Había ido allí con Fernando Charry Lara y me sorprendió, a primera vista, su extraordinaria vitalidad. Alto, elegante, pausado en sus movimientos, su simpatía ganaba de inmediato la admiración del interlocutor. Era un hombre en el que la cultura y la sencillez jugaban parejas. No obstante su serenidad, una tremenda angustia le agudizaba las facciones, poniendo un altorrelieve de inquietud sobre las cosas que le rodeaban. Rostro en el cual siempre habitó un interrogante, una luz abreviada en premonición de lo imposible. Conservo entre mis objetos más queridos su último libro, como un patrimonio de la belleza que no olvidaré nunca.

Con Rainer María Rilke hallaremos, inicialmente, una meta de reintegro o transformación, un instante emocional que, prolongándose a través de la conciencia, sintetiza los itinerarios del ser: el arte concebido como fruto de la experiencia. Y Gaitán Durán, como alguna vez decía muy justamente Charry Lara, "fue un hombre leal a su vida". Cabría decir mejor a su experiencia. Su experiencia como hombre y artista, en su dualidad indivisible. Y de esa remisión a un mundo desvertebrado en todos sus valores, surgía, necesariamente, la soledad, el vacío, el hastío que acosa y desespera, y en último grado, como consumación de consumaciones, la muerte. Pero todo realizado en función del sexo. Del acto erótico que desarrolla al hombre en su totalidad, llevándolo a la pérdida momentánea de su personalidad, para reintegrarlo a la personalidad del mundo. Si nos fuera dado resumir en breves palabras la explicación de su obra, diríamos que es, simple y llanamente, la estética de la evasión. De allí que, más allá de cualquier lucubración estética o filosófica, en su concepto más fundamental, Gaitán Durán sea un poeta de estatura cósmica. Cósmico al resumir en sí, en el momento único del clímax, toda la vastedad del universo. Na-

die mejor que él, en su obra, puede hablarnos de ese instante sin límites, de esa fuga plena de eternidad. Ese instante es, en toda la extensión de sus consideraciones, un acto de comunicación, que es lo que debe ser, desde cualquier punto de vista, el arte.

*"Tu cuerpo es una luna impenetrable
Que el esplendor destruye en esta hora.
Cuando abro tu carne hiero el tiempo,
Cubro con mi aflicción la dinastía,
Basta mi voz para borrar los dioses,
Me hundo en ti para enfrentar la muerte".*

Y la incertidumbre iba llenándole con una lentitud enfermiza de sombra los intersticios del alma, socavando la sangre que giraba rauda en oleadas de angustia, dejándole como única puerta de escape la unión con la mujer, la circunstancia de una mágica elevación, logrando así, aquel desarreglo de todos los sentidos que Rimbaud exigía en el poeta.

*Antes de aquí tendernos no existía
Este mundo radiante. ¡Nunca en vano
Al deseo arrancamos el humano
Amor que a las estrellas desafía!*

Fernando Arbeláez fue quien, sin duda alguna, habló primero, públicamente, de lo existencial en la poesía de Gaitán Durán. Si nos atenemos al concepto Heideggeriano, sobre el paso de lo inauténtico a lo auténtico, partiendo de la angustia, Gaitán Durán logró la completación de ese proceso, enriqueciendo sus vivencias, elevando su tesitura artística a la rebeldía de la veracidad. Desconocer que todo acto de autenticidad, de limpieza o sacrificio, —en nuestro medio y otros tantos más— resulta peligroso en la medida misma de su importancia, es desatender una de las características más dolorosas del hombre: la de no gustarle la cara de la verdad. Es el horror de verse las propias llagas, y descubrir el desmoronamiento sistemático del alma, acuciado por una ceguera de siglos, marginado por la hipocresía y la frivolidad. Pero de todos modos, remitiéndonos a Kierkegaard, la ausencia de angustia es ya un signo de angustia. Una de las más cómodas tablas de salvación a la cual suelen aferrarse todos aquellos que les cuesta trabajo pensar, o que son, simplemente, incapaces siquiera de emocionarse. Por otra parte, las filosofías de la existencia anticipan el fracaso como un elemento de trascendencia. Tras el linde amargo del fracaso, el deseo de triunfo modifica substancialmente la apreciación de las posibilidades. Entonces el hombre busca sobreponerse a la decepción, a las circunstancias, haciendo de su fracaso un éxito. Y ese éxito lo consigue Gaitán Durán en la visión totalizadora del universo. En los cuerpos de los amantes, que enlazados sobre los tiempos y las edades, amplían, buscándola y penetrándola, el alba interminable del misterio.

*Porque solo aquí como un don fugaz puedo abrazarte,
Al fin como un dios crearme en tus pupilas,
Porque te pierdo con la tierra que era mía.*

Ese “porque te pierdo con la tierra que era mía” encierra una condición de fracaso en la posesión de la mujer y la tierra. Y tácita, a *sotto voce*, una sombra de ausencia. Gaitán Durán, entonces, recaba para sí toda la presencia y la permanencia que Jean Raulhan pedía para Andre Gide: presencia y permanencia en el tiempo, el espacio y la curiosidad de las gentes.

Para hablar de su “Diario” habría que dedicar varias páginas más, porque él asume en muchos sentidos, una importancia tan grande como la de su poesía. Como que es una prosa poética con algunos ribetes Baudelerianos, clara, exacta, plena de sugerencias y de asombros, cuajada en la huída que perfila la muerte, en el exilio interior que nos madura a golpes de asco y de mentira. Hablando del acto erótico nos dice en su Diario: “Toda nuestra vida se concentra en ese estallido fulminante. Mejor dicho, no hay pasado, ni futuro. ni siquiera presente. Nuestra vida es llama, centella, descarga. No hay presente porque el tiempo se incendia, se destroza; no hay “antes”, ni “después”, ni “ahora”: *no hay tiempo*. Hay vibración, vértigo, éxtasis, orgasmo, ardor, deslumbramiento. Nos asomamos a la eternidad; al menos, nos reflejamos por un momento en la eternidad. El erotismo es el estallido de la vida en la muerte o —en términos de Bataille— una afirmación de la vida en la muerte”.

Gaitán Durán murió, trágicamente, en un accidente aéreo, cuando regresaba del viejo continente. La noticia alcanzó a llegarme en ese espacio que mide y prolonga lo increíble. Apenas si pude recordar en medio del aturdimiento, unos versos míos, escritos hace algunos años, cuando comenzaba a alborear en estas disciplinas del espíritu y un vértigo de sangre giró amargamente sobre las gentes de mi comarca:

*Esto es la muerte, amigos: la vida misma.
Un ir de sombra en sombra desvelado,
bajo un ritmo de angustia y de pavora,
(hartándose de ruinas y de sueños).
Esto es la vida, amigos: solo un asombro
de mil abismos raudos sobre el alma.*

El rostro de la tragedia —tal se ve en los dramas de Lorca— había tornado a la vera de lo insólito, con las manos y el alma destrozadas por un sueño sin nombre. No le tocó *vivir* su muerte. Una muerte que le llegara en medio de ese verano encendido, con un vestido de mujer y de soledad.

Hubo en verdad en su magisterio de rebeldía, un algo contradictorio y punzante. Acaso la potestad de acercarse y acercarnos al infinito, pudiendo retener después del destello magnífico del orgasmo, en el asombro de nuestras retinas, una parte de esa huída hacia lo nuevo. En esa posición está implícita, clara y hondamente, esa noche lenta, inexplicablemente lenta, del ahogo diario en nuestras propias ruinas.